

Índice

Sémola Semolorum	11
Mis viajes con monsieur Dupont	23
Mi amigo invisible se llama Chipé	35
El Gigante	49
La Llave del Tiempo	59
La maldición del Árbol Botella	73

SÉMOLA, SEMOLORUM

No sé por dónde comenzar a contar esta historia. Quizás, lo más apropiado sea empezar desvelando el final: *Mauri*, mi perro cocker, lleva desde ayer escondido debajo de la cama. No quiere salir.

Todo comenzó el día de mi cumpleaños, cuando papá apareció con una caja envuelta en papel charol. Mi regalo. Prometí no abrirlo hasta después de la fiesta, cuando todos se hubiesen marchado.

Así que, cuando cayó la noche, me senté en el suelo del salón y, ansioso, comencé a desliar el paquete. ¡El juego del mago Tristante! Papá siempre sabe qué regalarme. Mientras esparcía por la alfom-

bra los cachivaches y leía con interés las instrucciones, el abuelo miraba atento la televisión. A esa hora, emitían su programa favorito, *Las leyendas del mar*. Aunque no lo creáis, el abuelo fue un gran marino. En su pequeño barco, El Siroco, navegó por los siete mares, descubrió decenas de islas exóticas y luchó contra peligrosos piratas. En una ocasión, fue atacado por un terrible monstruo marino, una especie de pulpo gigante, del tamaño de una ballena. Fue un milagro que escapara con vida de sus enormes tentáculos. Ahora vive retirado de los mares, y pasa el día sentado en su butacón, con sus zapatillas de cuadros y leyendo el periódico. Eso sí, nunca se desprende de la gorra marinera.

De todos los trastos que contenía la caja del juego, el que más llamó mi atención fue la varita mágica. Mostraba un aspecto extraño y, según el manual, estaba fabricada con el asta de un unicornio. Seguí las indicaciones del libro para hacer desaparecer un objeto. Podía haber señala-

do al jarrón de porcelana china o al cuadro de los ciervos, pero no lo hice. Sin saber por qué, apunté al abuelo con la varita, cerré los ojos, pronuncié las palabras mágicas SÉMOLA SEMOLORUM, y conté hasta cien, pero al revés. 100, 99, 98..., cuando llegué al 0, volví abrir los ojos. Increíble: el abuelo no estaba allí. Vi sus zapatillas de cuadros en el suelo y a *Mauri* ocupando su puesto sobre el butacón, muy atento a la pantalla del televisor. La verdad, en ese momento, no le di importancia al hecho y continué jugando.

Llegó el momento de la cena y el abuelo no apareció por la cocina. Mamá comenzó a inquietarse. “¿Dónde se habrá metido este hombre?”, se preguntaba. Pero el reloj marcaba la hora de ir a dormir y el abuelo seguía sin aparecer. “Esto no es normal. Ha debido de ocurrirle algo”, dijo entre sollozos. Fue en ese instante, cuando recordé el juego del mago Tristante y el truco del SÉMOLA SEMOLORUM. Les conté a mis padres lo ocurrido y, también, el extraño

comportamiento de nuestro perro ante el televisor.

Como siempre, no me hicieron caso. Papá echó del butacón al cocker, se puso el abrigo y denunció en la comisaría de policía la desaparición del abuelo. Tengo que advertir que mi padre odia a *Mauri*, sobre todo desde el día en que se comió el décimo premiado de la lotería. Todos pensamos que fue un accidente, pero él continúa empeñado en que lo hizo a posta. Si por papá fuese, nuestro cockers ya estaría en la perrera municipal.

Pasaron los días y, también, las semanas y el abuelo continuaba sin aparecer. Mamá estaba muy triste. Entretanto, *Mauri* se comportaba de una forma extraña. Pasaba horas interesado en las noticias del periódico, paseaba por el pasillo con las zapatillas de cuadros colocadas en sus patas delanteras y nunca se perdía *Las leyendas del mar*. Cuando papá no estaba en casa, aprovechaba para echar la siesta en el butacón.

Poco a poco, mamá también se percató del cambio de actitud de nuestro perro. Y, un día, durante la comida, nos dijo que estaba convencida de que la varita mágica y el SÉMOLA SEMOLORUM habían provocado un intercambio de personalidad entre *Mauri* y el abuelo. “Estoy segura de ello”, afirmó. Papa trató de convencerla de lo absurdo de su teoría. “Cariño, eso no son más que pamplinas”, dijo, desechando la idea. Y cada vez que el perro pasaba a su lado, le propinaba con disimulo un puntapié.

Fui yo quién encontré adherido a una farola el anuncio publicitario. La clínica del doctor Walter. Especialista en enfermedades fantásticas y sucesos mágicos. Según rezaba la nota, había adquirido su ciencia viviendo entre las tribus pigmeas del África y los pueblos nómadas que habitan las nieves del Himalaya.

El doctor Walter vestía una túnica confeccionada con pieles de tigre y adornaba su cabeza con un sombrero de cuernos de búfalo. Solicitó absoluto silencio para reali-

zar su trabajo. Con una pequeña trompeta, examinó los oídos de *Mauri*. Luego, exploró su dentadura. Y, finalmente, reconoció con lupa el pelo de su rabo.

—¡Señores! —diagnosticó el médico— No hay duda: por una extraña razón, el abuelo ha tomado la apariencia de un perro. Pero no se preocupen, esta enfermedad tiene cura. En Australia, ya sané de una dolencia similar a un profesor de francés que tomó el aspecto de canguro delante de sus alumnos.

Mamá se puso muy contenta y comenzó a besar y a llamarle “papá” a *Mauri*, que no cesaba de lamer su mano en señal de agradecimiento.

El extravagante Walter recetó una píldora de color malva en cada desayuno. El medicamento estaba elaborado con extractos de pelo de centauro, mezclado con escamas de sirena. “Un día —advirtió—, cuando menos lo esperen, el abuelo recobrará su aspecto habitual.” Antes de abandonar la consulta, me advirtió que era peligroso ju-



gar con varitas de asta de unicornio. “Chico, la próxima vez, lleva cuidado a dónde apuntas”.

Desde la visita al doctor, *Mauri*, o el abuelo (ya no sé realmente quién era), comía acomodado a nuestra mesa y ocupaba placidamente el butacón del salón, con el consentimiento de papá que, sentado sobre un incómodo taburete, no cesaba de mirarle de reojo.

Así pasaron las semanas, hasta el día de ayer. En televisión emitían *Las leyendas del mar*, y *Mauri* contemplaba su programa favorito echado sobre el sillón. De pronto, de forma inesperada, se abrió la puerta del piso y el abuelo apareció en el salón. Llevaba sobre la cabeza su eterna gorra marinera.

—¡Hola a todos! ¡He vuelto! ¡Mirad lo que traigo! —portaba sobre las manos el cofre con el tesoro del pirata Montalbán— ¡Ya es mío! Sabéis que llevaba años tras él. Una noche, mientras veía la tele, obtuve la pista que andaba buscando. De repente,

supe dónde estaba enterrado. Salí pitando. No tuve tiempo ni de decir adiós. Subí a bordo del pequeño Plinio y puse rumbo al océano Pacífico —dijo, introduciendo la mano en el viejo baúl y mostrando un puñado de piedras preciosas.

Mamá y yo, colmados de alegría por su regreso, nos lanzamos a besar al abuelo, pero papá, no. En ese instante, giró la mirada hacia *Mauri*. Con ojos de odio, le gritó: ¡Impostor!; a la vez que se lanzaba hacia el perro con muy malas intenciones. Por suerte, *Mauri* lo esquivó.

Como os contaba al principio, lleva desde ayer refugiado debajo de la cama. No quiere salir. Lo entiendo. Papá, armado con la escoba, ha montado guardia en el pasillo.

